

Miguel León-Portilla

*La California mexicana*  
*Ensayos acerca de su historia*

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Universidad Autónoma de Baja California  
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## XIV

## LA LABOR DE LOS DOMINICOS 1771-1840\*

Desde poco después de la expulsión de los jesuitas, habían manifestado los dominicos su interés por hacerse cargo de las misiones en la península. Fray Juan Pedro de Iriarte, procurador en Madrid de la orden dominicana de México, había hecho una solicitud en tal sentido. Poco después, por real decreto del 4 de noviembre de 1768, se atendía dicha petición, ordenando que dominicos y franciscanos se repartieran las misiones de la California. Tal disposición no tuvo cumplimiento inmediato debido a que el virrey marqués de Croix consideró que la división de las misiones entre dos diferentes órdenes religiosas podría traer varios problemas. Para sustanciar mejor su punto de vista el virrey consultó el parecer del visitador José de Gálvez. Este coincidió con lo que había pensado el virrey. En consecuencia el Marqués de Croix se decidió a manifestar al monarca que, por el momento, resultaba más conveniente que fueran los franciscanos quienes de manera exclusiva se ocuparan de esas misiones.

La tenacidad del procurador dominico en Madrid, es decir del padre Iriarte, obtendría que, no obstante lo expuesto por el virrey de la Nueva España, el monarca concediera al fin, sin más discusiones, lo que se le había solicitado. Un nuevo decreto real de 8 de abril de 1770 mandaba que los dominicos se hicieran cargo de algunas de las misiones californianas, ya que parecía excesivo que una sola orden tuviera a su cuidado territorio tan vasto y poblado por tantos gentiles como era el de las Californias. Así las cosas, el padre Iriarte reunió voluntarios de su orden y se embarcó, acompañado de ellos, con rumbo a la Nueva España. Llegado en agosto de 1771, hizo del conocimiento del virrey el propósito de su venida y el real decreto que lo amparaba.

El virrey, que a la sazón era don Antonio María de Bucareli, solicitó entonces de dominicos y franciscanos que se pusieran ellos mismos de acuerdo para hacer una justa distribución de misiones entre los miembros de sus respectivas órdenes. Tras deliberar sobre esta materia el propio padre Iriarte y el franciscano Rafael Verger, suscribieron, el 7 de abril de 1772, un concordato de distribución de misiones en las Californias.

\* Publicado en: David Piñera Ramírez (coord.), *op. cit.*, pp. 126-141.

En virtud del mismo los dominicos debían hacerse cargo de todas las antiguas misiones de la Baja California, incluyendo la de San Fernando Velicatá. Se estipuló además que correspondía también a ellos fundar otras misiones en el territorio comprendido entre la de San Fernando y la de San Diego en la Alta California. La última misión dominica debía establecerse en las cercanías del arroyo de San Juan Bautista y su jurisdicción se extendería en un área de cinco leguas más hacia el norte. En dicho punto debía situarse el límite o frontera con respecto a la misión de San Diego, a cargo de los franciscanos. De hecho, algún tiempo después, fray Francisco Palou habría de demarcar allí los límites entre ambas Californias (la Alta y la Baja), colocando una cruz sobre una gran piedra que se conoció como “la mojonera de Palou”. Según G. W. Hendry y Peveril Meigs, dicha mojonera se halla “a cincuenta kilómetros al sur del cerro Médano, y deja ba el atractivo valle de los Médanos del lado franciscano de la línea”.<sup>1</sup>

Otro punto, objeto también del concordato, fue que los dominicos debían atender la región montañosa al oriente y los territorios comprendidos hasta la desembocadura del Río Colorado. Por su parte los franciscanos tendrían a su cargo toda la extensión al norte de “la mojonera de Palou”, es decir toda la Alta o Nueva California, en la que debían fundar tantos establecimientos misionales cuantos fueran necesarios.

En virtud de este convenio salieron de la península los franciscanos que, como ya hemos visto, gracias al empeño de Gálvez y de Serra, habían comenzado de hecho sus tareas de evangelización en la Alta. Por su parte, la llegada de los dominicos a la península no se vio libre de calamidades. Embarcados en dos navíos, uno de ellos zozobró, precisamente aquel en que viajaban el padre Iriarte y dos compañeros suyos. Infortunio, o si se quiere designio de la Providencia, fue que el antiguo procurador fray Juan Pedro de Iriarte no pudiera contemplar la tierra de las Californias que tan gran celo había despertado en él. Quienes venían en el otro navío desembarcaron en Loreto el 12 de mayo de 1773. A partir de ese momento fray Vicente Mora, en lugar de Iriarte, comenzó a actuar como presidente de las misiones dominicas.

En la California se abrió entonces a los dominicos una doble suerte de experiencias. Por una parte había que hacerse cargo de lo que quedaba, en extrema decadencia y con pocos catecúmenos, de las antiguas misiones fundadas por los jesuitas. Por otra, se presentaba la necesidad de organizar otros centros de evangelización en el norte peninsular, más allá de San Fernando Velicatá, la única misión establecida por los franciscanos. Quienes iban a trabajar en el sur y centro de la península inevitablemente

<sup>1</sup> Peveril Meigs III, *La frontera misional dominica en Baja California*, Colección Baja California: Nuestra Historia, SEP-UABC, 1995, vol. 7, p. 202.

tendrían que luchar contra el pesimismo al ver cuán difícil era lograr allí algo de provecho. En cambio, a los que marchaban hacia el norte, a tierra aunque no del todo incógnita tampoco muy explorada, se les ofrecía el aliciente de crear algo nuevo, con grupos indígenas mucho más numerosos, en un ámbito geográfico relativamente más favorable. Su labor era la de llenar un vacío: el que existía entre San Fernando Velicatá y la misión de San Diego.

Los dominicos que marcharon al norte implantarían la cultura española, sobre todo a lo largo de las costas del Pacífico, en un territorio que, con el paso del tiempo, iba a ser de gran importancia en el desarrollo de la California que continuó siendo mexicana. En cierto sentido el trabajo de los dominicos en ese ámbito septentrional de la península puede compararse con el de los franciscanos en la Alta California. Así como se ha difundido tan ampliamente la labor de los seguidores de fray Junípero Serra, la obra de los dominicos, también pioneros, merece ser mejor conocida y valorada.

#### LOS DOMINICOS DAN PRINCIPIO A SU TRABAJO EN LA PENÍNSULA

La llegada de los dominicos coincidió con el momento más álgido de los enfrentamientos —de los que ya se habló al atender al periodo franciscano en Baja California—, entre fray Francisco Palou, presidente de las misiones y el gobernador Felipe Barri. Así de manera imprevista y hasta cierto punto inevitable, los recién venidos dominicos se vieron también envueltos en tales disputas. De hecho fray Vicente Mora, que fungía ya como presidente de los dominicos, fue acusado de tomar el partido del gobernador en contra de los franciscanos. Pronto, sin embargo, Barri entraría también en dificultades con Mora y sus hermanos de hábito.

No obstante lo anterior, el padre Mora inició su visita de varias de las misiones ya existentes, a las cuales fue asignando el dominico que debía hacerse cargo de cada una. Enseguida se dirigió él mismo a San Fernando Velicatá para dar cumplimiento al que podía considerarse como más importante punto de su encargo: la exploración del norte con miras a establecer nuevas misiones. Quien, desprovisto del auxilio que pudo haberle proporcionado el gobernador Barri, llevó a cabo tales recorridos, debió sentir algún consuelo al enterarse de que dicho Barri recibió pronto orden de dejar el mando y salir de la península.

Como sustituto llegó, a principios de marzo de 1775, Felipe de Neve. Venía este militar investido del rango de gobernador de ambas Californias. Al parecer, desde poco tiempo antes de que fuera nombrado para este puesto, se había interesado en conocer la situación que prevalecía en

esos territorios tan lejanos, del noroeste de la Nueva España. Prueba de ello es un informe que, con fecha 12 de septiembre de 1774, había sometido Neve a la consideración del virrey Bucareli.<sup>2</sup>

Tal vez el punto de mayor importancia que puede desprenderse del análisis de lo expuesto por Neve es su actitud liberal con respecto al modo como debían ser tratados los indígenas californios. A su juicio, ni los franciscanos ni los dominicos habían acatado lo dispuesto por el visitador Gálvez en el sentido de que se formara en cada misión un pueblo con sus tierras para la agricultura, en las que los indígenas, debidamente adiestrados, trabajaran para su propio provecho y no ya sometidos al yugo de las órdenes que les daban de continuo los misioneros. Éstos debían entender que su acción tenía que limitarse “a la enseñanza, doctrina y gobierno espiritual de sus respectivos indios[...].” En consecuencia, no debían estorbar el trabajo de los naturales en sus propias parcelas ni el establecimiento de colonos venidos de fuera que vivieran en los nuevos pueblos o se establecieran en otros sitios para sacar allí provecho de los recursos existentes. Debía, por tanto, removerse toda oposición a que los indios que lo desearan, pudieran laborar en las salinas o en cualquier otro tipo de actividad. Tan sólo, “por este medio se logrará así el fomento y población de la península, como sus cosechas, aumentadas las siembras (que) no sólo sufragen a mantener a los habitantes de la antigua California sino los nuevos establecimientos hasta Monterrey[...].”

Al llegar Neve al presidio de Loreto, con instrucciones de Bucareli de poner en práctica no poco de lo que el propio gobernador le había expresado en su informe, se percató pronto de que no iba a resultarle fácil cumplir sus propósitos. De un lado estaba la penuria extrema de lo que aún subsistía en las antiguas misiones y, de otro, la natural resistencia de los dominicos a obedecer disposiciones que venían a alterar sus formas tradicionales de tratar con los indios y de disponer lo que creían más adecuado para sus respectivos centros de evangelización. Consecuencia de esto fue que la acción de Neve hubo de limitarse grandemente, no sin antes verse envuelto en disputas parecidas a las que su predecesor Barri había tenido con los misioneros.

Nada mejor para comprender la actitud de éstos, que comenzaron ya entonces a extender su acción por los territorios septentrionales, que citar lo expresado por fray Luis de Sales acerca de lo que a su juicio era allí el papel de los dominicos:

Cada una de las misiones debe contemplar vuestra merced como una pequeña, pero ordenada república. El misionero es el padre, la madre, el

<sup>2</sup> La transcripción completa de este informe la incluye Pablo L. Martínez, en su *Historia de Baja California*, México, Libros Mexicanos, 1956, pp. 284-288.

criado, el juez, el abogado, el médico y cuantas castas de artesanos hay en el pueblo. Nada se emprende, nada se determina, que no sea según la dirección del misionero. Si se considera el principal objeto del religioso, a saber, enseñar, confesar, predicar y administrar los sacramentos, no puede menos que estar en un continuo movimiento atendida la condición de los indios. Luego que amanece los congrega en la iglesia para rezar la doctrina, les dice su misa, y reza con ellos el santo rosario. Entre día es necesaria una continua vigilancia para que no se junten hombres con mujeres, y que éstas en medio de sus labores estén siempre empleadas en rezar o cantar cantos de la iglesia. Nadie sale a parte alguna, aun a beber agua, que no sea con el permiso del misionero.<sup>3</sup>

Al mismo Luis de Sales se debe la relación, bastante concisa, de cómo se inició la expansión de las misiones hacia el norte. Ello tuvo lugar a partir de 1774. Desde fines del año anterior el padre Mora, yendo más allá de Velicatá, había reconocido un lugar cuyo nombre en lengua indígena era el de Viñadaco. Era ese un sitio en el que crecían numerosos sauces y había también bastante agua. Obviamente interesaba al padre Mora estar seguro de que dicho lugar contaba con los recursos requeridos para hacer posible la agricultura. En el *Diario* que conserva sus recuerdos de esta visita de inspección, describe con detalle el procedimiento que siguió para alcanzar la certeza de que en Viñadaco podía establecerse la primera misión dominica.

Veamos lo que expresa fray Luis de Sales acerca de la fundación de dicha misión que llevó el nombre de Nuestra Señora del Rosario. Ello ocurrió en la segunda mitad de 1774:

[...]se encontró un sitio de mucha gentilidad (con muchos nativos) llamado Viñataco (Viñadaco), que proporcionó la fundación de un pueblo con el título de Nuestra Señora del Rosario, y ha salido tan boyante que en el día es uno de los pueblos más ricos, suministrando muchas semillas para mantener a los indios vecinos. El modo de conquistar es el siguiente:

Noticioso el misionero de haber algún sitio con agua, leña, piedra, y otras proporciones para fundar, da parte al señor Virrey. Habido el conocimiento de su excelencia, avisa a todos los misioneros para que den limosnas y ayuden para la fundación del pueblo: unos envían carneros, otros vacas, mulas, caballos y familias reducidas (es decir, indios ya catequizados) para empezar la obra. Luego toma alguna escolta de soldados, pues sin ellos, aunque perjudiciales, sería imprudencia del misionero el exponerse. Con todo este tren sale para el paraje señalado, empieza a sembrar, a hacer corrales y alguna estacada de palos para defenderse. Y concluido esto, sale por barrancos, cuevas y montes a buscar gentiles. Y este es el lance de los más apretados, pues suelen emboscarse los indios para acometer a la tropa y misionero, y lastimarlos, como a mí me sucedió[...]

<sup>3</sup> Luis de Sales, O.P., *Noticias de la Provincia de la California 1794*, 2 vols., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, Colección Chimalistac, 1960, pp. 146-147.

Si el misionero no entiende el idioma, les habla por un intérprete y les asegura que ha llegado a aquel paraje para hacerles felices en el alma y en el cuerpo. Unos reciben con alegría la propuesta, otros aunque adviertan las buenas proporciones que pueden disfrutar para el cuerpo y para el alma, después de cansado el misionero en hablarles, responden: quién sabe, padre[...]<sup>4</sup>

De acuerdo con las fuentes consultadas por el investigador Peveril Meigs, de modo particular los libros de bautismos y entierros, consta que en poco tiempo pudieron bautizarse 419 personas. Otro dato de interés es el de que, a fines de 1776, la población del Rosario Viñadaco llegaba a 557 individuos. La declinación demográfica sobrevino, sin embargo, al poco tiempo. En 1777 hubo 84 defunciones, número dos veces y medio más elevado que el de los bautismos en ese mismo lapso. El siguiente 1778, fue un año todavía más funesto. En él fallecieron 365 indígenas. Los datos que da el propio fray Luis de Sales en su cuadro estadístico al final de su obra, revelan que la misión del Rosario tenía hacia 1787 una población que apenas excedía a los 300 habitantes. Epidemias de viruela y el mal gálico se aducen como causas principales de tal disminución.

Conviene notar que, no obstante las ponderaciones en el sentido de que el sitio escogido originalmente para esta misión era en extremo bonancible, varios años más tarde fue necesario mudar dicho establecimiento. Ello ocurrió en 1802, debido sobre todo a que las fuentes de abastecimiento de agua en el Viñadaco original, se habían tornado cada vez más escasas. Este traslado de la misión de un lugar a otro habría de repetirse en el caso de la mayoría de los otros nuevos establecimientos de los dominicos en la porción norte de Baja California.

Cerca de 23 leguas al noroeste, o como lo hizo constar Neve en una comunicación al virrey, aproximadamente a día y medio de camino a lomo de mula de la misión del Rosario, se localizó otro sitio que pareció reunir los requerimientos para una segunda fundación. El lugar, según lo señala Peveril Meigs, estaba situado en la boca del cañón de Santo Domingo al pie de la que se conoce como "Peña Colorada". El 30 de agosto de 1775, iniciaron allí su trabajo los padres Manuel García y Miguel Hidalgo. También esta misión hubo de cambiar de sitio. Aunque en las fuentes al alcance no hay unanimidad de pareceres, puede tenerse como verosímil que el traslado ocurrió antes de 1798. El nuevo centro quedó aproximadamente a cuatro kilómetros arriba, en el mismo cañón de Santo Domingo en donde, según lo describe Meigs, dos cañones que allí convergen dan lugar a una planicie bastante amplia. Los trabajos de evangelización en Santo

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 149-150.

Domingo de la Frontera fueron lentos. Ello se desprende del examen de los correspondientes libros de misión. También allí las epidemias habrían de diezmar la población. De acuerdo con el cuadro estadístico de Sales, en 1787 sobrevivían 271 personas.

#### CAMBIOS JURISDICCIONALES EN LA ADMINISTRACIÓN POLÍTICA DE LAS CALIFORNIAS

En 1776, o sea un año después de fundada la segunda misión dominica en la frontera norte de Baja California, se dispuso trasladar la capital de las Californias, que hasta entonces había continuado en la misión y presidio de Loreto, al puerto de Monterrey. Esta medida había de acrecentar aún más la decadencia de los establecimientos en el centro y sur de la península. Cuando el gobernador Neve se marchó a su nueva sede, fue designado como lugarteniente suyo en Loreto el capitán Fernando de Rivera y Moncada. Otra medida, de alcances mucho más amplios, fue la que dio origen a la organización de las que se conocieron como Provincias Internas. Éstas, que abarcaban la Nueva Vizcaya, Coahuila o Nueva Extremadura, Texas, Sinaloa, Sonora, incluyendo ésta a las Pimerías, Nuevo México y las Californias, venían a quedar bajo la jurisdicción de una comandancia general establecida primeramente en la población de Arizpe, en Sonora. La organización de las Provincias Internas determinó que muchos de los asuntos referentes a los territorios de las Californias comenzaran a tramitarse a través de la Comandancia General de las dichas provincias en Arizpe.

Tal forma de organización de las Provincias Internas sólo funcionó un par de años. Más operante pareció entonces volver a sujetar todos los territorios y provincias septentrionales a la autoridad del virrey. Se conservó, sin embargo, la denominación de Provincias Internas, aunque distribuidas en dos comandancias, la que correspondía a las Provincias Internas de Oriente (Coahuila, Texas, Nuevo León, Nuevo Santander y los distritos de Parras y Saltillo), y la de las Provincias Internas de Occidente (Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sinaloa, Sonora incluyendo las Pimerías, y las Californias Alta y Baja). De esta suerte, en lo tocante a asuntos administrativos y económicos, las Californias volvieron a quedar sometidas en última instancia a la autoridad que residía en la capital del virreinato.

El capitán Fernando de Rivera y Moncada, lugarteniente en Loreto, comenzó a tener asimismo dificultades con el padre Mora, presidente de las misiones. El problema se suscitó cuando estaba aún vigente la organización de las Provincias Internas como entidad independiente del virreinato. En consecuencia las quejas se hicieron llegar a la comandancia

en Arizpe, donde fueron atendidas por Teodoro de Croix que estaba al frente de la misma. Éste dispuso entonces el retiro de Rivera y Moncada que se trasladó a Sonora para desempeñar otros encargos. Vinculando el destino de Rivera y Moncada con las Californias, algún tiempo después habría de salir en compañía del franciscano fray Francisco Garcés, marchando desde Sonora a la Alta California. Al pasar éstos por las inmediaciones de los ríos Gila y Colorado, fueron víctimas de un ataque de indígenas yumanos y perdieron allí la vida. Ello ocurrió en julio de 1781. Tal acontecimiento vino a mostrar, una vez más, lo difícil que era mantener comunicación por tierra entre el norte de Sonora y la península californiana.

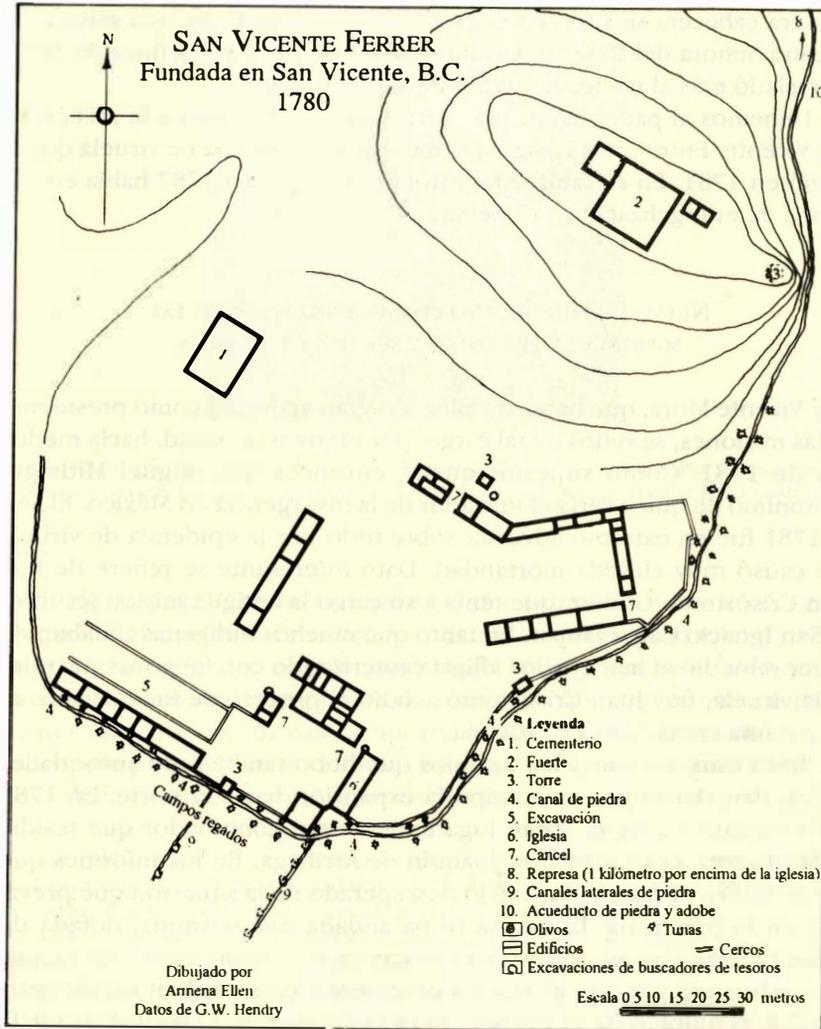
Poco antes de que tuviera lugar tan desgraciado acontecimiento, al que siguió una rebelión generalizada de los yumas, los misioneros dominicos habían dado nuevo paso en firme en su avance hacia el septentrión. Tal expansión no había sido fácil ya que las rancherías indígenas al norte de la misión de Santo Domingo habían demostrado franca hostilidad a los misioneros. Éstos no habían podido disponer de las escoltas militares que habían solicitado. No obstante, los padres Miguel Hidalgo y Joaquín Valero en 1780 plantaron la cruz en la nueva misión que recibió el nombre de San Vicente Ferrer. El lugar escogido se hallaba a unos 70 kilómetros al noroeste de Santo Domingo.

Hay quienes han considerado que la misión de San Vicente Ferrer fue una especie de primera capital en lo que hoy es el estado norte de Baja California. De hecho en ella se levantó un pequeño fuerte con un cierto número de soldados al mando de un alférez. El padre Luis de Sales, que algún tiempo después tuvo a su cargo la misión de San Vicente Ferrer, describe así cuáles fueron las medidas defensivas que hubieron de adoptarse:

Fue tomando la misión de San Vicente mucho incremento, y hallándome yo sólo en dicha misión, logré, para contener a los indios levantados, fabricar una muralla de tres varas de alto con sus torreones; igualmente hice una iglesia competente con todo lo necesario. Tuve también la fortuna de apresar dos espías de los indios arriba mencionados, que venían con ánimo de guiar a los suyos y acabarnos, pero no dejándolos volver a su tierra y desterrándolos de la provincia, se sosegaron los demás[...]<sup>5</sup>

Aprovechando testimonios como el citado y otros, entre ellos el libro de registro de defunciones de esta misma misión, así como diversos documentos de épocas posteriores, Martín Barrón y Guadalupe Barbosa han publicado un trabajo que abarca no sólo el periodo misional de San

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 154.



Plano de la misión de San Vicente Ferrer, fundada en 1780. Tomado de Peveril Meigs III, *La frontera misional dominica...*, p. 159.

Vicente Ferrer sino la historia de este asentamiento hasta el año de 1980.<sup>6</sup> Como lo notan estos autores, el pueblo de San Vicente fue de hecho cabecera del Partido Norte de la Baja California durante una parte de los años 1850 y 1851. Anteriormente, es decir desde el momento en que la península se dividió en dos partidos por decreto del 19 de mayo de 1849, la primera cabecera se situó en el establecimiento de la antigua misión de Nuestra Señora del Rosario. De allí pasó a San Vicente y, a fines de 1851, se trasladó más al norte, al pueblo de Santo Tomás.

Debemos al padre Sales otras varias noticias tocantes a la misión de San Vicente. Entre otras cosas describe la gran epidemia de viruela que la afligió en 1781. En su tabla estadística asienta que en 1787 había en ese centro de evangelización 317 personas.

#### NUEVO CAMBIO DE AUTORIDADES Y SITUACIÓN DE LAS MISIONES EN EL CENTRO Y SUR DE LA PENÍNSULA

Fray Vicente Mora, que había desplegado gran actividad como presidente de las misiones, se retiró de tal cargo, por motivos de salud, hacia mediados de 1781. Como superior quedó entonces fray Miguel Hidalgo, homónimo de quien sería el iniciador de la insurgencia en México. El año de 1781 fue en extremo adverso, sobre todo por la epidemia de viruela que causó muy elevada mortandad. Dato interesante se refiere de fray Juan Crisóstomo Gómez, que tenía a su cargo la antigua misión jesuítica de San Ignacio Cadacaamán. En tanto que muchos indígenas trataban de poner remedio al mal que los afligía cauterizando con fuego las pústulas de la viruela, fray Juan Crisóstomo acudió al proceso de inoculación, es decir a una cierta forma de vacuna.

Todo esto, así como los cambios que hubo también de autoridades civiles, detuvieron por un tiempo la expansión hacia el norte. En 1783 había llegado a Loreto, como lugarteniente del gobernador que residía en Monterrey, el capitán José Joaquín de Arrillaga. En los informes que éste remitió a México describió lo desesperado de la situación que prevalecía en la península. La escasa tropa andaba casi desnuda, dotada de armas en extremo ineficaces; los almacenes se encontraban casi vacíos; las comunicaciones con el macizo continental continuaban siendo muy difíciles; el número de indígenas era cada día menor. Es probable que la toma de conciencia de estas realidades, moviera al capitán Pedro Fagés que, como gobernador de ambas Californias residía en Monterrey, a

<sup>6</sup> Martín Barrón y Guadalupe Barbosa, *San Vicente Ferrer, 1780-1980, Historia de un pueblo*, Ensenada, Litoformas Muñoz, 1980.



Misión de San Ignacio de Cadacamaán, fundada en 1728 por los jesuitas. Fue terminada en 1786 por el padre dominico Juan Crisóstomo Gómez. (Fotografía: Martha Edna Castillo)

enviar al virrey en 1786 un informe en el que subrayó a su vez las desgracias que afligían a las misiones peninsulares. Por su parte el nuevo presidente dominico de tales establecimientos, el padre Hidalgo, no sólo quiso manifestar por escrito sus puntos de vista, sino que viajó a México para obtener más amplias formas de apoyo a sus trabajos. Significativo es el cuadro que presentó en su informe don Pedro Fagés en relación con lo que ocurría en el centro y sur peninsular. Entre otras cosas asienta que:

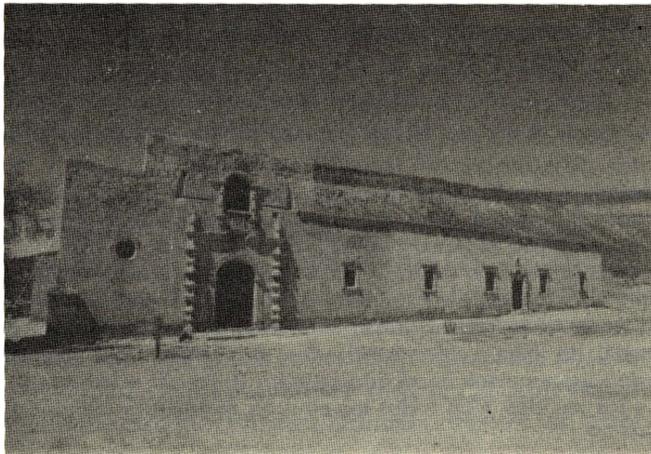
Las misiones de San José, Santiago, Todos Santos, San Javier, Loreto, Comondú, Cadegomó, Guadalupe y Mulegé van a pasos gigantes a su total extinción. La razón es de tal evidencia que no deja duda. El mal gálico domina a ambos sexos y, en tal grado, que ya las madres no conciben y, si conciben, sale el feto con poca esperanza de vida. Hay misión de las citadas que, ha más de un año y meses, que en ella no se ha bautizado criatura alguna, y la que más no llega a cinco bautizados, siendo cosa digna de admirar que ascienden los muertos en el año pasado de los de edad de 14 años para abajo a los nacidos. Con todos los adultos, son triples los muertos que los nacidos[...]<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Para esta edición se consultó: Pedro Fagés, "Informe del estado de las misiones, 20 de octubre de 1786", citado por Zephyrin Engelhardt, O.F.M., *op. cit.*, p. 572.

Tal vez como única noticia positiva podría mencionarse el hecho de que precisamente, hacia 1786, el ya referido fray Juan Crisóstomo Gómez había logrado completar la edificación de la misión de San Ignacio Cadacaamán que, junto con la de San Javier Biggé, son muestra extraordinaria en la arquitectura religiosa de la California mexicana. Puede también recordarse, respecto de los edificios de las misiones de Santa Gertrudis y San Borja, que los misioneros dominicos que las tenían a su cargo continuaban esforzándose por dar término a su fábrica, sólidas construcciones hechas de piedra. La misión de Santa Gertrudis se debió a los esfuerzos de fray Gregorio Amurrio y de fray José Espín, quien la concluyó hacia 1786. En lo que toca a la de San Borja, la iglesia data de principios del siglo XIX. Su edificación se debió probablemente a fray Antonio Lázaro y a fray Juan María Salgado.

#### PROSIGUE LA EXPANSIÓN DOMINICA HACIA EL NORTE

Las tres nuevas misiones norteñas establecidas hasta entonces por los dominicos —Nuestra Señora del Rosario, Santo Domingo de la Frontera y San Vicente Ferrer— constituían, a pesar de todas las dificultades, base bastante firme que permitió de hecho nuevos avances, de acuerdo con los planes que se tenían concebidos. Implicaban éstos el establecimiento de centros que mantuvieran abierta la comunicación, por un lado hasta San Diego en la Alta California y, por otro, hacia el mar de Cortés, la desembocadura del Río Colorado y el norte de Sonora. Para llevar a cabo esta do-



Misión de San Francisco de Borja, edificación concluida por los dominicos en 1801.  
(Fotografía: Carlos Lazzano S.)

ble empresa que, por supuesto, buscaba de un modo muy especial la evangelización de las distintas rancherías de indígenas que habitaban a lo largo de la planicie costera y en las sierras, los dominicos se habían preocupado desde un principio por allegar los recursos económicos más indispensables. Introdujeron así la cría de ganado y fomentaron la agricultura, construyendo incluso pequeños sistemas de regadío, aprovechando las corrientes que se originan en la sierra. Su empeño se dirigía a alcanzar, hasta donde fuera posible, la autosuficiencia económica de sus establecimientos. Sus logros iniciales en este aspecto, sobre todo en las misiones de Nuestra Señora del Rosario y después en San Vicente Ferrer, habrían de facilitar la ulterior expansión.

Correspondió a fray Luis de Sales establecer una nueva misión, la de San Miguel Arcángel de la Frontera, en marzo de 1797. El lugar escogido había sido explorado desde 1769 por el franciscano Juan Crespi. Situado aproximadamente a 100 kilómetros al noroeste de la misión de San Vicente Ferrer, el paraje se conocía en lengua indígena con el nombre de *Ja-Kmalt-jap*, vocablo que significa “Ojo caliente”. No obstante que el lugar parecía adecuado para el desarrollo de la agricultura, pronto se secó la fuente que debía abastecer de agua a la misión. Gracias al auxilio de un indígena, al que había curado el padre Sales de la picadura de una serpiente de cascabel, pudo encontrarse sitio más adecuado, al que se trasladó en 1788 esta misión. De acuerdo con el cuadro estadístico preparado por el mismo padre Sales, había entonces en el nuevo establecimiento de San Miguel Arcángel 137 personas. Respecto de la base económica de que se disponía para su ulterior desarrollo, el mismo Sales informa sobre el ganado que se tenía: 42 caballos, 22 mulas, 160 vacas, 2 burros y 260 buecos. En lo que toca a la agricultura, se habían podido obtener 250 fanegas de trigo y 300 de maíz.

El avance logrado hasta las inmediaciones de San Juan Bautista, donde se había erigido la misión de San Miguel Arcángel de la Frontera, había dejado en realidad un vacío de casi 100 kilómetros de distancia con respecto de la misión de San Vicente Ferrer. Para llenarlo, se consideró necesario establecer otro centro que debía situarse entre una y otra de las referidas misiones. Correspondió a fray José Lorient fundar la que llevaría el nombre del célebre filósofo y teólogo dominico, Santo Tomás. El primer asentamiento se hizo el 24 de abril de 1791, en la parte más baja del que se conocía como valle de San Francisco Solano. Como lo nota Peveril Meigs, “con esta misión, la línea protegida de comunicación entre la Antigua y la Nueva California, que se había previsto durante más de veinte años, quedó por fin cumplida de hecho”.<sup>8</sup> Irónicamente el sitio

<sup>8</sup> Peveril Meigs III, *La frontera misional...*, p. 74.

escogido hubo de tenerse pronto como inconveniente, en este caso no por carencia de agua, sino por exceso de la misma. Situada en un principio la misión cerca de los pantanos que se formaban con aguas estancadas del arroyo de Santo Tomás, no pocos indígenas se vieron afectados por la humedad del ambiente y por los insectos que allí proliferaban. Por esta causa los nativos iban abandonando la misión. Fue pues necesario llevar a cabo el traslado. En junio de 1794 se pasó a un lugar que se conocía en lengua indígena con el nombre de *Copaitl coajocuc*, voces cuyo probable significado es el de “el aliso torcido”.

Aunque el clima templado del lugar y los recursos al alcance propiciaron el desarrollo agrícola y ganadero en la misión de Santo Tomás, ésta nunca llegó a dar albergue a una población indígena que pueda describirse como numerosa. Un informe del año 1800, consigna la presencia de 262 personas. Es de interés notar que, en el caso de Santo Tomás, no sólo se contó con el apoyo de la agricultura y de la cría de ganado. Los recursos del mar se ofrecieron asimismo como de cierta importancia, sobre todo la pesca de mariscos y la cacería de nutrias. Esta última habría de adquirir años más tarde considerable importancia. Cuando las misiones dominicas entraron en franca decadencia y se vieron desprovistas de recursos que pudieran llegarles del exterior, se inició, a lo largo de las costas septentrionales de la Baja California, una cierta manera de comercio con las pieles de las nutrias, llevado a cabo de modo más o menos clandestino, que permitió la supervivencia de quienes aún vivían en sitios como Santo Tomás.

Consolidada la ruta de comunicación desde Nuestra Señora del Rosario hasta San Miguel Arcángel de la Frontera, y establecidos los centros intermedios de Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santo Tomás, se pensó que era ya tiempo de iniciar la penetración por el rumbo de la sierra. Al gobernador José Joaquín de Arrillaga se debieron varias importantes exploraciones en la sierra de San Pedro Mártir. Sus recorridos, llevados a cabo en 1793, permitieron localizar un sitio para fundar la misión de San Pedro Mártir de Verona. El establecimiento se inició el 27 de abril de 1794 y quedó a cargo del padre fray José Oriente. Como en otros casos, también en éste muy pronto hubo de trasladarse la misión a lugar más conveniente. El cambio se debió a la inclemencia del paraje escogido que resultó extremadamente frío. El nuevo sitio se conocía con el nombre indígena de *Ajantequedo*. Allí, aunque los cultivos fueron bastante limitados, pudo acrecentarse la cría de ganado. En cambio, en lo que toca al número de los catecúmenos, éste fue siempre bastante reducido. Hacia 1801, la población era allí únicamente de 94 personas. En realidad muchos de los miembros de las rancherías cercanas se rehusaron a entrar en contacto con la misión o, en caso de hacerlo, volvieron tan pronto como les fue posible a sus antiguas formas de vida.

El establecimiento de una misión en la sierra, por precario que fuera, animó al gobernador Arrillaga, al igual que a los dominicos, a pensar en una fundación más cercana ya a la meta deseada, es decir a la región de la desembocadura del Colorado. El sargento José Manuel Ruiz, que años después obtendría en concesión tierras en la bahía de Ensenada, realizó una exploración que permitió finalmente localizar un sitio que se tuvo como adecuado para fundar en él la misión de Santa Catalina Virgen y Mártir. El mismo padre fray José Lorient levantó allí la cruz el 12 de noviembre de 1797. El lugar, situado aproximadamente a 62 kilómetros al oeste de la misión de Santo Tomás se conocía en lengua indígena con el nombre de *Jactobjol*. La misión llegó a extender con cierta amplitud su esfera de influencia entre las rancherías cercanas. No obstante que estuvo expuesta a numerosos ataques de grupos yumanos, entre ellos de algunos de lengua kiliwa, llegó a contar con una población bastante importante. Hacia 1801 había en ella 223 indígenas. En cambio, se dice que en 1824 la frecuentaban cerca de 600 nativos.

#### LAS ÚLTIMAS FUNDACIONES DOMINICAS EN LA PENÍNSULA

A fines del siglo XVIII y luego en las primeras décadas del XIX, pudieron los dominicos erigir todavía otros tres centros de evangelización. Uno de ellos es el que se conoce como de San Telmo, cerca de 25 kilómetros al noroeste de la misión de Santo Domingo. En realidad fue este sitio una “visita” de Santo Domingo. Reconocido hacia 1798, dos años después se levantó allí una pequeña capilla. La visita de San Telmo alcanzó cierta importancia gracias a que el lugar fue favorable para la agricultura, apoyada ésta en bien planificadas obras de irrigación. La visita de San Telmo llegó a abarcar dos sitios, aunque cercanos, distintos, los que se conocen como San Telmo de Arriba y San Telmo de Abajo. En lo que toca a la actividad misionera y a la población indígena, la visita se consideró siempre como extensión de la misión de Santo Domingo de la Frontera.

Otra fundación fue la que se conoce como la misión de El Descanso o también con el nombre de San Miguel la Nueva. Localizada a trece kilómetros al norte de la antigua misión de San Miguel Arcángel de la Frontera, tuvo su origen en la necesidad de cambiar la ubicación de ésta última debido a las inundaciones causadas por el arroyo de San Miguel. La misión de El Descanso quedó establecida en 1817 por fray Tomás de Ahumada. Constituyó de hecho esta misión el avance más septentrional de la labor de los dominicos. En realidad estuvo situada en territorio que, de acuerdo con la demarcación establecida con los franciscanos, pertenecía a estos últimos, es decir que se hallaba más al norte de “la mojonera de

Palou". A los indígenas que se trasladaron, se sumaron otros de las rancherías vecinas. De acuerdo con los datos estadísticos proporcionados por Ulises Urbano Lassépas en su importante trabajo,<sup>9</sup> hacia 1834 había allí 254 indígenas. Los recursos de que disponía la misión eran considerables: 3 500 cabezas de ganado mayor, 1 500 de ganado menor, 50 caballos, 10 mulas y 32 suertes de tierra cultivada que producían cosechas de 240 fanegas de trigo, 7 de maíz y 315 de cebada.

La última de las misiones establecidas en el vasto territorio de las Californias, Alta y Baja, fue la que ostentó el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte. Se fundó en 1834, es decir un año después del decreto de secularización de las misiones, expedido en México por el gobierno de la República en 1833. Como explicación debe recordarse que la entrada en vigor de dicho decreto se suspendió en lo concerniente a las Californias, ya que se consideró que los establecimientos misioneros constituían núcleos de suma importancia para la colonización de tan apartados territorios. La misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte se localizó en un lugar conocido en lengua indígena con el nombre *Oja cuñurr*, "Cueva pintada", aproximadamente a 25 kilómetros al sureste de San Miguel Arcángel (El Descanso). Su fundador fue el padre fray Félix Caballero quien actuaba a la sazón como presidente de las misiones dominicas. Este establecimiento, aunque alcanzó cierto desarrollo en lo que toca a su base económica, no tuvo larga vida. Atrajo a un cierto número de indígenas de las rancherías cercanas, a los que pudo sustentar con sus recursos agrícolas y ganaderos. Se dice que Guadalupe llegó a contar con cerca de 5 000 cabezas de ganado mayor. También se cultivaron diversos frutales, olivos y viñedos.

Las frecuentes acometidas de grupos indígenas, que se mantuvieron siempre resueltos a oponerse a la penetración misionera, obligaron al fundador de Guadalupe, fray Félix Caballero, a suspender la obra iniciada. En febrero de 1840 el jefe indio Jatñil realizó tan violenta acometida que la misión tuvo que ser abandonada. De esta suerte la última de las misiones que se establecieron en California, sólo subsistió durante poco más de cinco años.

#### EL FINAL DE LAS MISIONES EN BAJA CALIFORNIA

Hemos visto que en su informe de 1786 el gobernador Pedro Fagés pronosticaba que buena parte de las misiones del centro y sur de la península iban "a pasos gigantes a su total extinción". Ya antes en 1768 habían

<sup>9</sup> Ulises Urbano Lassépas, *op. cit.*, p. 106.

sido suprimidas las de Nuestra Señora de los Dolores y de San Luis Gonzaga, por órdenes de Gálvez, que concentró sus poblaciones indígenas en otros lugares. Más tarde, pero también en el siglo XVIII, vino el cierre de los establecimientos de Guadalupe (la misión en el actual estado de Baja California Sur), y la de Santiago. Ello ocurrió en ambos casos en 1795. Todavía antes de la consumación de la independencia de México, los dominicos, tanto por falta de personal como por la extrema disminución de los indígenas, interrumpieron su trabajo en las siguientes misiones: San Xavier Biggé, (1817), San Fernando Velicatá (1818) y San Borja (1818).

Algún tiempo más tarde, primero durante el efímero imperio de Iturbide y después bajo el gobierno de la República Federal creada en 1824, la cada vez más apremiante situación de la península y sus misiones fue objeto de atención por parte de una entidad intitulada Junta de Fomento de los Territorios de la Alta y Baja California. En lo que concernía específicamente a la actividad de los misioneros, si bien la Junta reconoció los méritos de éstos, externó ya una opinión adversa a la continuación indefinida de tal tipo de establecimientos. Entre otras cosas, en un informe, que se sometió al presidente de la República el 6 de abril de 1825, manifestó lo siguiente:

La Junta no ha podido componer (compaginar) los principios de tal sistema (el de las misiones) con los de nuestra independencia y Constitución Política y con el verdadero espíritu del Evangelio. La religión, según el sistema de las misiones, no podía dar un paso más que con la dominación; no debía propagarse sino al abrigo de escoltas y presidios; los gentiles debían renunciar a todos los derechos de su natural independencia para ser catecúmenos. Desde el momento que se presentaran a pedir bautismo, debían de subordinarse a leyes casi monásticas[...] y los neófitos debían continuar así, sin esperanza de poseer en su plenitud los derechos civiles de la sociedad.

La Junta no ha podido persuadirse de que este sistema (el de las misiones) sea el único adecuado para promover entre los gentiles el deseo de la vida civil y social y los primeros rudimentos de ella, y mucho menos que tenga proporción y eficacia para llevarlos hasta su perfección[...]

La conversión de la numerosa gentilidad que ocupa el territorio de las Californias es ciertamente objeto muy digno de la atención de una nación que ha hecho profesión en su Constitución Política de la Religión Católica Apostólica Romana; pero esta religión no debe anunciarse ni propagarse en otra forma que la que prescribió Jesucristo a sus apóstoles y ellos practicaron[...] La fuerza militar no debe aplicarse ni directa ni indirectamente a este objeto[...] Por la mansedumbre, afabilidad, docilidad e índole pacífica de los californios, es de hecho menos necesario para su reducción el aparato militar[...]

El estado en que se hallan las misiones actuales no corresponde a los grandes progresos que hicieron en los principios. Esta decadencia es muy

notable en las de la Baja California y bastaría para probar que el sistema necesita de variación y reformas.<sup>10</sup>

Entre las medidas que recomendó entonces la Junta destacan la de que el antiguo Fondo Piadoso de las Californias debía ser exclusiva y totalmente administrado por el Supremo Gobierno, así como la de que había que fomentar la entrada de colonos en la península y también la de clérigos seculares puesto que las tareas eclesiásticas no debían quedar exclusivamente en manos de los misioneros.

Aunque las recomendaciones de la Junta no llegaron a cumplirse, de suerte que se logaran los objetivos de la misma, es decir, el fomento y desarrollo de la península, el poco aprecio por las actividades misioneras se tradujo a la postre en una casi total falta de apoyo económico y de otras índoles a las mismas. Consecuencia de esto, así como de la escasez de personal entre los dominicos y de la acelerada disminución de los indígenas, fue que hubieran de cerrarse otras varias misiones: las de La Purísima y Santa Gertrudis en 1822; la de San Pedro Mártir de Verona en 1824; la de Comondú en 1827; la de Mulegé en 1828; la de Nuestra Señora del Rosario en 1832 y la de San Vicente Ferrer en 1833.

Ya se ha mencionado que, por decreto del 17 de agosto de 1833, se dispuso la secularización de las misiones en todo el territorio de la República Mexicana. Y aunque, como también ya se dijo, se suspendió la aplicación de dicho decreto en lo tocante a las Californias, tal medida en modo alguno detuvo el proceso acelerado que culminaría con la casi espontánea extinción de tales centros. En 1834 los dominicos salieron de la misión de San Miguel, a pesar de que todavía en ese mismo año iniciaron trabajos de muy corta duración en la misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte. De Santo Domingo de la Frontera hubieron de retirarse en 1839. El año siguiente anticipó ya la terminación del sistema misional en la península. En 1840 se clausuraron las misiones de San Ignacio Cadacaamán, Todos Santos, Santa Catalina y Nuestra Señora de Guadalupe del Norte.

Cabe recordar aquí, como sintomático de lo que estaba ocurriendo, el enfrentamiento que tuvo lugar entre uno de los pocos dominicos que quedaban en Baja California, fray Gabriel González, y el jefe político o gobernador, Luis del Castillo Negrete. Este último había expedido un acuerdo en julio de 1841, en el que ordenaba la distribución de tierras de las antiguas misiones, indicando las formas de proceder para tal efecto. La razón principal que daba era precisamente el hecho de que en la mayoría de los casos no había catecúmenos indígenas por lo que dichas tierras, en

<sup>10</sup> Junta de Fomento de los Territorios de la Alta y Baja California, *Plan para el arreglo de las misiones de los Territorios de la Alta y la Baja California*, México, Galván, 1827.

cuanto bienes nacionales que eran, podían y debían ser colonizadas. Fray Gabriel González, no obstante que hubo de aceptar la realidad de la casi total extinción de los nativos en los centros que habían administrado los dominicos, se opuso a tal decreto y llegó a instigar un levantamiento armado en contra del jefe político. Vencidos los sediciosos, entre ellos el padre González, fueron hechos prisioneros y enviados para ser juzgados a Mazatlán.

Según parece, el último de los establecimientos que dejó de funcionar como misión fue el de Santo Tomás. En él permaneció hasta 1849 fray Tomás Mancilla. Con su partida en ese año se cerró para siempre el ciclo misional en la Antigua California. Si recordamos que la llegada del padre Juan María de Salvatierra tuvo lugar en 1697, cabe afirmar que el destino de la península estuvo en manos de religiosos durante un lapso de cerca de siglo y medio.

La salida de los dominicos no fue ciertamente la causa principal de la postración extrema en que se encontraba la Baja California a mediados del siglo XIX. Su decadencia económica y su alarmante declinación demográfica venían de tiempo atrás. Lo que sí es un hecho es que la partida del último de los dominicos, precisamente un año después de que se firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo, en virtud del cual México conservó la soberanía de ese territorio, coincidió con el que puede describirse como uno de los momentos más sombríos en la historia peninsular. A quienes interese conocer cuál era el estado que poco después prevaleció en los antiguos asentamientos misionales, debemos remitirlo a la ya citada obra de Ulises Urbano Lassépas, *Historia de la colonización de la Baja California*. Las noticias que proporciona sobre su situación demográfica para el año de 1855 son ciertamente desgarradoras. Tras enumerar las principales localidades, desde el municipio de San José del Cabo hasta el más septentrional de Santo Tomás, concluye que, incluyendo a los indios, la población existente en toda la península no excedía a los 12 600 habitantes. Comentando los hechos históricos que explicaban tal situación, escribió Lassépas:

La raza primitiva ha desaparecido, a excepción de algunos cuantos individuos que se encuentran todavía en las regiones meridionales, y cerca de 2 500 indios gentiles, nómadas, esparcidos hacia el norte, entre la cordillera y el Río Colorado[...]

Desde 1830, la inmigración de la otra banda (es decir del macizo continental de México) ha erigido en poblaciones unos parajes casi abandonados en los últimos tiempos de la dominación colonial, tales como San Ignacio, Mulegé, La Purísima y Comondú. Esa inmigración nacional ha fluido principalmente de Sinaloa, Sonora y Jalisco, mezclada con la extranjera[...]<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Ulises Urbano Lassépas, *op. cit.*, p. 46.



Si desde muchos puntos de vista es admirable la obra de jesuitas, franciscanos y dominicos, no puede menos que reconocerse que el choque cultural que significó para los indígenas el contacto con los misioneros vino a ser factor que influyó negativamente en su supervivencia. Para quienes, como vimos en el primer capítulo de esta historia, vivían en una especie de paleolítico fosilizado, los cambios en sus antiguas formas de existencia, introducidos por hombres metódicos que actuaban de acuerdo con reglas estrictas, vinieron a ser inevitablemente traumáticos. Si a ello se suma la aparición de enfermedades hasta entonces desconocidas en la península, como la viruela y el mal gálico, se acabará de comprender por qué se produjo el acabamiento de los indios. La labor esencialmente pacífica de los misioneros, admirable porque significa el esfuerzo extraordinario de unos pocos hombres, venidos de diversos y muy apartados países, debe ser comprendida desde esta doble perspectiva. Por una parte, el idealismo y la entrega motivaron los contactos con la población aborígen. Por otra, los contactos y los cambios propiciaron la ruptura del antiguo equilibrio vital de los indios, experiencia suya de milenios. Se buscaba implantar en forma permanente la cristiandad entre los nativos californios pero lo que en realidad sobrevino fue la desaparición de los mismos.

Para la historia de la California mexicana el periodo misional es momento memorable y en cierto modo de pacífica epopeya. De él subsisten vestigios materiales que deben ser preservados. Algunos, como las edificaciones religiosas de San Xavier Biggé, San Luis Gonzaga, San Ignacio Cadacaamán, Santa Gertrudis y San Borja, son obras de arte de valor extraordinario. Otros vestigios, como las ruinas de adobes de las misiones dominicas al norte de la península, son testimonio del gran esfuerzo allí desplegado entre las poblaciones indígenas a las que se quiso transmitir el mensaje del Cristianismo. Los vestigios todos de esta etapa, al igual que testimonios como los de las pinturas rupestres y los petroglifos de los indios, forman parte del gran conjunto de monumentos de cultura, legado de la Antigua California para quienes hoy viven en ella y para los mexicanos de todos los rumbos del país.